

Una zambra era aquella cocina, ni pienso que sería más terrible la batalla de César en Farsalia. Como no estábamos en un punto, sino que cayendo y levantando amóvilmente por todas partes y la cocina era estrecha, en un instante se quebraron las ollas, se derramó la comida, se apagó la lumbre, y la ceniza nos embianqueció las cabezas y ensució las caras.

Todo era desvergüenzas, gritos, porrazos y desorden. No había una de las contendientes que no estuviera sangrada según el método del Aguilucho, y á más de esto, desgrefiada y toda hecha pedazos, sin quedarme yo limpio en la función. El campo de batalla ó la cocina estaba sembrada de despojos. Por un rincón se veía una olla hecha pedazos, por otra la tinaja del agua, por aquí una sartén, por allí un manojo de cebollas, por esotro lado la mano del metal, y por todas partes las reliquias de nuestra ropa. El perrito alternaba sus ladridos con nuestros gritos, y el gato solo espantado no se atrevía á bajar del brasero.

En medio de esta función llegó Chanfaina vestido (en su propio traje, y viendo que su Luisa estaba desangrada, hecha pedazos, bañada en sangre y envuelta entre la cocinera y su sobrina, no esperó razones, sino que haciéndose de un garrote dió sobre las dos últimas: pero con tal gana y coraje, que á pocos trancazos cesó el pleito dejando á la infeliz recama-



En medio de esta función llegó Chanfaina, vestido en su propio traje

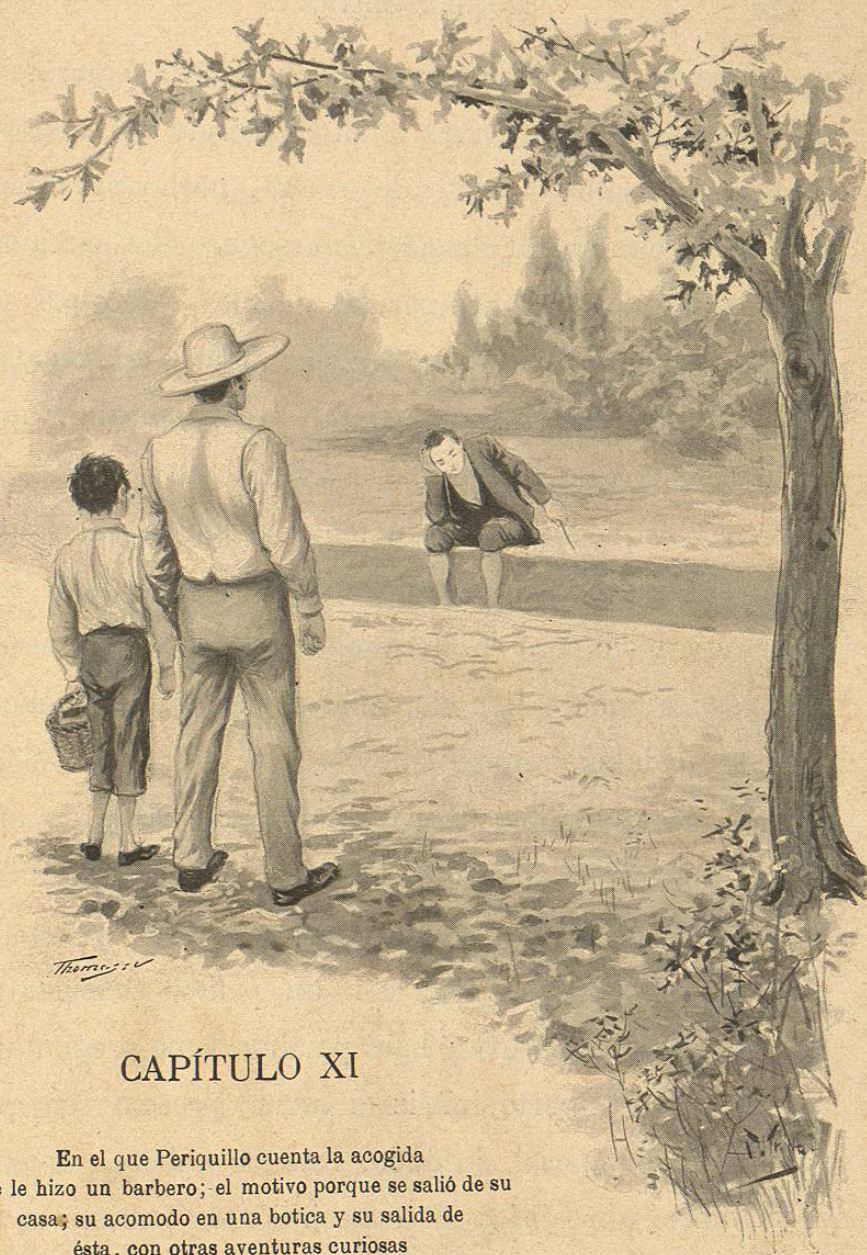
rera, que ciertamente era la que había llevado la peor parte.

Cuando volvimos todos en nuestro acuerdo, no tanto por el respeto del amo, cuanto por el miedo del garrote, comenzó el escribano á tomarnos declaración sobre el asunto ó motivo de tan desaforada riña. La vieja nana Clara nada decía, porque nada sabía en realidad. Luisa tampoco, porque no le tenía cuenta; yo menos, porque era el actor principal de aquella escena; pero la maldita Lorenza, como que era la más instruída é inocente, en un instante impuso á mi amo del contenido de la causa, diciéndole que todo aquello no había sido más que una violencia y provocación de aquella tal celosa que estaba en su casa, que quizá era mi amiga, pues por celos de mí y de ella había armado aquel escándalo...

Hasta aquí oí yo á Lorenza; porque en cuanto advertí que ésta había descornado el velo de nuestros indignos tratos más de lo que era necesario, y que mi amo me miraba con ojos de loco furioso, temí como hombre, y eché á correr como una liebre por la escalera abajo, con lo que confirmé en el momento cuanto dijo Lorenza, acabando de irritar á mi patrón, quien no queriendo que me fuera de su casa sin despedida, bajó tras de mí como un rayo y con tal precipitación, que no advirtió que iba sin sombrero ni capa y con la golilla por un lado.

Como dos cuabras corrió Chanfaina tras de mí gritándome sin cesar: — ¡Párate, bribón; párate, pícaro! — pero yo me volví sordo y no paré hasta que lo perdí de vista y me hallé bien lejos y seguro del garrote.

Este fué el honroso y lucidísimo modo con que salí de la casa del escribano, peor de lo que había entrado y sin el más mínimo escarmiento; pues en cada una de éstas comenzaba de nuevo la serie de mis aventuras, como lo veréis en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XI

En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero; el motivo porque se salió de su casa; su acomodo en una botica y su salida de ésta, con otras aventuras curiosas

Es increíble el terreno que avanza un cobarde en la carrera. Cuando sucedió el lance que acabo de referir eran las doce en punto, y mi amo vivía en la calle de las Ratas; pues corrí tan de buena gana que fuí á esperar